

CUANDO LAS MUJERES DE MI PUEBLO SE TRENZAN EL PELO

Cuando las mujeres de mi pueblo se trenzan el pelo, en un colectivo popular y comunitario, las ves a la orilla del río, olvidadas de las ropas y los niños que juegan libres de toda atadura. Es una visión terriblemente fuerte, una práctica ancestral, una minga del tejido, una manera de hacer y deshacer nudos y recuerdos, vida y aciertos.

Alguien dijo una vez, o quizás nunca, que cuando las mujeres nos trenzamos el pelo, resolvemos viejos pesares, antiguos enredos, tristes verdades.

Puede ser. Es posible que sea verdad.

Lo único que yo puedo asegurar es que una tibia mano tras de mí repasa en mi pelo mi historia, mientras la mujer que está delante de mí espera mis manos como una caricia necesaria para seguir de algún modo viviendo la vida que le toca.

Nadie sabe cómo comenzó esta práctica, pero las más ancianas, que peinan canas y desgranar el rosario, creen que fue hace como cien años, cuando una madre fue a la orilla del río, ese mismo que ahora corre tan mansamente y peina también, como uniéndose al rito, las madejas deshechas de los aromos en flor.

Lo cierto es que, plantado está en nuestras mentes, que el día que los primeros sauces se dejan mecer por la corriente en suba, ese día y no otro, las mujeres paridoras y paridas, vamos a la orilla y hacemos lo que mejor nos sale con las crenchas que nos tocan delante.

No hay un orden, tampoco una hora para llegar, aunque todas sabemos que es mejor a la mañana, temprano, cuando los murmullos del pueblo aún no impregnan el aire y los humos circulares de los hornos de ladrillo no suben aun como una gasa liviana al cielo de todos.

Vamos llegando solas, descalzas de toda civilización, con el corazón dispuesto a escuchar y aliviar lo que nos toque.

Y mientras el río sube y su murmullo decrece con el pifiar de los caballos, la noria del tiempo parece detenerse en mi pueblo.

Y las mujeres trenzan, silencian sus derrotas y abren el corazón a quien quiera escuchar de su hijo, el que se fue. Su niña, la que no puede hablar de nada si la miran. Del techo del rancho que se llevó la última crecida en el recodo del río, ahí donde se pone bravo al doblar hacia el poniente. Y de cómo los vecinos recién llegados al poblado les ayudaron con troncos y paja brava a levantar un espacio acogedor hasta que la época de lluvias pasara. Cómo compartieron sopa y fideos, charlas e historia en el atardecer que caía cada noche sobre los rumores del pueblo abajo.

El rojo y el verde se combinan en mi pueblo, y no creo que otro aroma pueda encontrar en ningún lado del mundo, aunque sólo conozco la ciudad que pasa, cada tarde, por la ventanilla del tren que me trae de la fábrica. Pero si sé, con la certeza que me dan las trenzas que mi madre enrosca sobre mi cabeza, cada mañana, que nada puede ser igual en otros lugares.

Quizás debería saber alguien de qué hablamos las mujeres al peinarnos, en mansa armonía, en ritual comunitario.

Hablamos de silencios, con mudas maneras, de lo que nos acongoja y alegra.

Hablamos sin palabras, con torpes gestos del cuerpo, de dolores viejos. Esos dolores que nos marcaron la frente.

Transitamos una vez al año, el camino que nos tocó recorrer en una vuelta al mundo, sin movernos de la casa, el delantal donde secamos las manos, el pedazo de tierra que removemos al plantar el árbol que nos dará sombra.

Recorremos imágenes cada vez más parecidas a nosotras mismas. Imágenes de violencia y paz, de hambres y satisfacciones que huelen a pan recién sacado del rescoldo donde seguramente se calienta también nuestro corazón.

Yo, que de joven asistí a la minga de los domingos a la mañana, cuando el pueblo dispuesto se arremangaba para ayudar en la cosecha, en la techada, en la faena.

Yo, que desde siempre he visto pasar la ciudad por la ventana del tren.

Yo, que nada sé del mundo y poco de la vida, creo que nada debe ser mejor que estarme a la orilla del murmullo del río. Sentada así, la frente al sol, las mangas de mi mejor camisa mojadas de agua dulce. Estarme así, mecida por las manos de otra mujer que, con clara armonía, cruza pelo y amor, ternura y paciencia, arrebatos de locura y carreras al amanecer, juergas eternas y niños prendidos a la teta.

Por eso, las mujeres de mi pueblo, cuando trenzamos a la otra, sentimos su corazón, acercamos nuestro pulso a su ritmo antiguo.

Paso a paso, nos acercamos a su sentir y en esa comunión somos una sola acción de gracias, un solo grito callado y austero, repartido, de mil colores que sube al cielo, como otra gaza transparente que junto al humo de los hornos une con magia el trabajo de hombres y mujeres.